

El capítulo séptimo tiene una importancia suma, porque en él nos encontramos con el enfrentamiento de dos obras en busca de posibles cercanías o equivalencias. Este enfrentamiento de textos a que nos referimos se lleva a cabo entre *Martín Fierro* y un texto o versión de los «*Eddas*» —antiguos poemas escandinavos—. El estudio es muy interesante porque se cierra con el posible —admisión de Emilio Carilla— conocimiento de este texto por parte de José Hernández en traducción de A. de los Ríos (Madrid, 1856) o en su original francés, ya que esta lengua estuvo al alcance de José Hernández.

También en este capítulo Emilio Carilla sopesa la mitificación que se cierne en torno a Martín Fierro. Su juicio es sereno y equilibrado, porque apunta más allá de ese pesimismo que ha visto en la obra Martínez Estrada. Sí, hay pesimismo, no se puede negar; pero a su lado, mitigándolo, están la sobriedad, el estoicismo, el espíritu de libertad, el culto a la amistad, el amor propio, el desprendimiento y el valor físico. Muy destacable es el equilibrio de juicio en este capítulo.

Cierran el libro dos apéndices. Uno nos ofrece la biografía de José Hernández. El otro, la bibliografía para la que el autor ha seguido —nos lo señala— un criterio selectivo. Dos apéndices que hacen más completa aún la labor de Emilio Carilla, quien, con *La creación del «Martín Fierro»* ha logrado ofrecernos el mejor estudio que hasta ahora se ha hecho sobre la obra que inmortaliza a José Hernández.

LUCRECIO PÉREZ BLANCO

MARTÍ, José: *Epistolario, Antología*. Introducción, selección, comentarios y notas por Manuel Pedro González. Editorial Gredos. Madrid, 1973, 647 págs.

Hace poco tiempo ha salido a la luz uno de los libros que más falta hacía dentro de los estudios martianos. Conocida es la importancia del escritor cubano en la historia literaria no sólo en Hispanoamérica, sino también del universo. Si inmensa y valiosa es su obra, también lo son todos los estudios que se han publicado y se publican para penetrar en esa apasionada alma y clara inteligencia que orna su persona. Muestra de esa atracción e interés es la *Bibliografía Martiana*, de Fermín Pérez Sarausa, a la que hay que añadir muchos estudios posteriores a su publicación.

La personalidad literaria y el pensamiento de José Martí han sido tan decisivos e importantes que su conocimiento nos es sumamente significativo y, por ende, necesario. Es más, ese enigma que, a veces, puede plantearnos su vida en «continuo hacer», pletórica de amor al hombre y en la cumbre del heroísmo, nos hace elevarlo a un mundo casi utópico y que raya en la santidad.

En sólo cuarenta y dos años de intensa vida, llena de ocupaciones, viajes, cargos políticos, alegrías y tristezas, nos dejó una fecundísima obra escrita. La Editorial Trópico publicó su obra en 74 volúmenes (1936-1953) y, posteriormente, la Editora Nacional de Cuba (1963-1965) la ha publicado en 27 volúmenes. Aun así, probablemente no esté compilada toda su obra debido a su esparcimiento y a su variedad; son muchos los géneros que tocó el apóstol: desde la poesía hasta el periodismo, pasando por la novela, el cuento, el ensayo,

la crítica, la crónica y el género epistolar —también se han publicado sus conferencias y traducciones—. Pues bien, de todos estos géneros el que mejor nos revela, tanto sus valores humanos como literarios, es el epistolar, pues a su fecundidad y riqueza une su intimidad y su expresión más llana, directa y sincera, al par que vamos primero hilando y después trenzando todos los sucesos de su existencia; es, en suma, el documento más fidedigno que de él poseemos.

A pesar de esta reconocida importancia, es relativamente escasa la atención que se le ha dedicado. Es verdad que en diversas antologías críticas y en otros estudios —principalmente en *Símbolo* y *Color en la obra de José Martí*, de Ivan A. Schulman— se han entresacado diversos fragmentos del «Epistolario» y han sido estudiados algunos de sus aspectos más importantes, como el troológico y simbolista, pero no es menos cierto que nos falta un verdadero y completo estudio general de todo el «Epistolario».

En cuanto a su compilación, las cartas martianas fueron recogidas más o menos completas en el *Epistolario*, de Félix Lizaso, y en las *Obras completas* de las editoriales aludidas —además de otras, como las de Editorial Lex, Armando Godoy y Ventura y Alberto Ghirardo—. Pero si la recopilación de éstas entraña grandes dificultades, no es menor la de su clasificación, y es esto precisamente lo que Manuel Pedro González, uno de los más insignes conocedores de Martí, ha realizado. Con magistral selección y criterio ha clasificado sus cartas con arreglo a un orden en gran manera esclarecedor para seguir paso a paso las distintas vertientes de su correspondencia: cartas familiares, cartas amistosas, cartas literarias, cartas a directores de periódicos y revistas, cartas históricas y cartas revolucionarias. En ellas está lo mejor de su epistolario y se entrecruzan los destinatarios más sobresalientes de su vida que giran en torno a su existencia: Manuel Mercado, María Mantilla, Carmen Mantilla, Enrique Estrázulas, Fermín Valdés, Federico Hernández y Carvajal, Gonzalo de Quesada y los generales Máximo Gómez y Antonio Maceo entre otros. Cada apartado conlleva previamente una breve introducción aclaratoria que es muy interesante para todo aquél que desee conocer a Martí. Asimismo, muchas de las cartas van precedidas de explicaciones y comentarios que amplían nuestra comprensión y esclarecen muchos puntos que sin ellos quedarían oscuros (amén de las notas y referencias a pie de página, siempre explicativas).

La «Antología» se inicia con una extensa introducción en la que Manuel Pedro González nos revela detalles importantes del escritor. Nos da una sinopsis biográfica del «santo laico» y nos refiere concomitancias con otros importantes personajes, como Shelley y Mozart; habla de los aspectos místicos y nigrománticos de su alma; alude a la importancia de la epistolografía, sobre todo en la literatura moderna, y, en suma, exalta continuamente la grandeza del cubano. Hay además un aspecto, resaltado por él, que considero de sumo interés: las doctrinas políticas y religiosas que influyen en Martí y concretamente la trascendencia que la religión india, especialmente el budismo, tiene en él.

Resumiendo, opino que esta «Antología», tanto por la selección y cuidado puesto por el autor como por la luz que de por sí irradia del gran poeta y escritor, es un firme paso hacia adelante que se da en este campo para bien de los admiradores de Martí y de los estudiosos de la literatura. Manuel Pedro González ha cumplido muy bien su labor antológica y ordenadora. Ahora sólo falta ese estudio general, detallado y concreto, principalmente estilístico, de

esa veta inagotable que es el epistolario martiniano. Esperemos que pronto se pueda llevar a cabo y así se ilumine otro de los rincones que todavía están oscuros en el conocimiento del Homagno americano.

JESÚS TOBOSO SÁNCHEZ

NOLASCO CORDERO, Francisco: *Papaján*. Editora Educativa Dominicana. Santo Domingo, 1973, 122 págs.

Los ciclos históricos de la literatura de cada país postulan un comportamiento diferente en cada escritor, según sus posibilidades y tendencias, por lo cual, cuando se trata de ajustar la producción estética a las necesidades del proceso evolutivo de la tradición local, aunque haya que sacrificar ciertas conquistas técnicas, no se «inmolan» los talentos, sino que se realizan de acuerdo a su talante particular al tiempo que satisfacen una exigencia nacional.

La novela del escritor dominicano Francisco Nolasco Cordero *Papaján* responde a la premisa precedente, por cuanto el carácter costumbrista de la misma llena un vacío en la narrativa dominicana —pese a que al costumbrismo ya le pasó la hora—, puesto que el proceso de la novelística en Santo Domingo acusa lagunas lamentables y a estas alturas es necesario llenar vacíos tanto como sintonizar con los vientos del momento, porque una literatura para ser tal necesita de todas sus partes y de todos sus cultores consagrados.

La novela dominicana está aquejada de una arritmia, como ha apuntado Juan Bosch, y no ha alcanzado la plenitud en ninguna de sus modalidades, como ha manifestado Manuel Mora Serrano. Tanto las novelas de corte romántico (por ejemplo, *Engracia y Antoñita*, de Francisco Gregorio Billini), como las de rasgos criollistas (por ejemplo, *Guazábara*, de Alfredo Fernández Simó) han sido muestras tardías. Y así las restantes creaciones novelescas en todas sus tipologías. En cuanto a su desarrollo, basta indicar que la narrativa dominicana no cuenta aún con una «novela nacional» por excelencia.

De ahí la consciente preocupación de los actuales cultivadores del género narrativo por cubrir los baches notables y de ahí que *Papaján* cumple, entre otras funciones, con una demanda de la tradición literaria dominicana, llenando el cupo del costumbrismo ficcional.

Pero *Papaján* supera el mero costumbrismo tradicional. En efecto, la técnica tradicional en esta novela, aunque está montada en una narrativa de primacía directa, se alía a ratos a las relaciones implicadas, rompiendo así con las ataduras lineales, trascendiendo los planos inmediatos y primarios. Y además, comporta un análisis de tipo psicológico de las situaciones y actuaciones que relata.

*Papaján* es la dramática historia de un ser que «triunfa» en la vida a despecho de su frustrada y patética existencia y a costa de infortunados y desgraciados hombres que sufren su agresividad sanguinaria, su conducta paranoica, su desconsolada vida. *Papaján* Mata, personaje principal y protagonista de la historia que sustenta la ficción, es un producto típico de las dictaduras militares latinoamericanas y especialmente de aquellos tipos humanos que arrastran consigo un trauma físico-psicológico de consecuencias e implicaciones negativas y temibles.

Francisco Nolasco Cordero plantea las anómalas peripecias —una carjera